
SERMON TRIGÉSIMO SEXTO.

De la influencia de la sociedad católica en la sociedad natural
en cuanto á la comunidad de bienes y de vida.

MONSEÑOR :

Señores :

Al exponeros la influencia de la sociedad católica sobre la propiedad, he dicho que la comunidad voluntaria de bienes y de vida era una idea cristiana, pero lo he dicho sin detenerme en ello. No obstante, Señores, no podremos tener una idea completa de los efectos de la doctrina católica en la sociedad humana, si no nos detenemos á considerar esta grande institucion de la comunidad voluntaria de bienes y de vida; porque entre las creaciones de la sociedad católica no hay quizá ninguna que presente caracteres mas vivos, mas difíciles de reunir, y en donde se reasuma mejor, con todo el imperio de la doctrina, toda la demostracion de la divinidad.

Ya lo sabeis, desde los primeros dias de la predicacion general del Evangelio, despues de la resurreccion de Cristo y el pasmo de Pentecostés, desde estos primeros dias está escrito que *la muchedumbre de los creyentes no tenia mas que un corazon y un alma, que ninguno de ellos decia ser suyo propio lo que poseia, sino que todas las cosas les eran comunes, y no habia*

ninguno necesitado entre ellos; porque cuantos poseían campos ó casas las vendían y traían el precio de lo que vendían, y lo ponían á los piés de los apóstoles, y se repartía á cada uno segun lo que habia menester (1).

Estas son las mismas expresiones del texto sagrado, y ya os acordais tambien que el primer uso que hizo la potestad apostólica del derecho de anatema, fué contra dos discipulos que habian engañado á los apóstoles sobre el precio de sus bienes, reteniendo una parte de ellos fraudulentamente. Este texto tan claro, este acontecimiento tan notable del apóstol S. Pedro condenando á muerte por su palabra á dos discipulos por haber engañado á la Iglesia respecto de un rendimiento que no estaba mandado, todo esto os revela la importancia que daba el Espíritu Santo, autor de la Escritura, á los primeros lineamientos de donde debia salir un dia, por un desarrollo maravilloso, este instituto cenobítico que ha llenado al mundo con su historia.

No intento, Señores, considerar la comunidad de bienes y de vida en cuanto á lo espiritual. Este punto de vista me llevaria á las cuestiones de pobreza, de castidad y de obediencia, cuestiones que he tratado en el año último, exponiéndoos los efectos de la doctrina católica sobre el alma. Nuestra tésis de hoy es otra, y yo debo investigar solamente cuál ha sido la influencia del instituto cenobítico en los destinos de la sociedad natural. ¿Ha existido esta influencia? ¿Ha sido para bien ó para mal? Hé aqui el objeto de nuestro examen, y con lo que terminaremos los Sermones de este año.

No puedo terminarlos, Señores, sin daros gracias por vuestra piadosa atencion en materias tan graves, tan delicadas algunas veces, y me atrevo á decirlo,

(1) Actos de los Apóstoles, cap. 4, vers. 32 y 34.

que no he abordado por mi eleccion propia, sino obligado por la fuerza lógica de mi asunto. Porque si hay algo extraño á mi carácter como á mis deberes, es buscar elementos de emocion en lo que se aleja de la eternidad para acercarse al tiempo. No siempre es uno dueño de evitar absolutamente este peligro; pero cuando se me ha presentado, he tratado de poner en mis palabras tanta prudencia como verdad, y si no me engaño, raras veces he naufragado entre este Caribdis y este Scila de la palabra, quiero decir, la sinceridad y la reserva. Como quiera que sea, Señores, cualquiera que sea el mérito que me corresponda, yo reconozco el que os toca á vosotros, y os doy gracias por él. Debo tambien dar gracias al primer pastor de esta diócesis, que hace tantos años no cesa de llevar á nuestras reuniones el concurso de su alto juicio y el esplendor de su presencia, añadiendo así, por lo que á mí toca, á la deuda personal que he contraído hacia él, un peso que se aumenta cada dia, pero que no hace al crecer mas que aliviar mi reconocimiento y mi vida.

Respecto de la comunidad voluntaria de bienes y de vida, sostengo dos cosas, á saber, que ella es el pensamiento enonómico mas alto y el pensamiento filantrópico mas alto que haya en el mundo. Primeramente el pensamiento económico mas alto; porque, Señores, económicamente hablando, ¿qué es lo que buscamos? Tenemos bienes limitados y deseos que lo están muy poco; trátase pues de hallar el secreto de disminuir los deseos multiplicando los bienes y repartiéndolos. Ahora bien, la comunidad voluntaria de bienes y de vida produce este triple efecto: reparte los bienes, los acrece, disminuye la necesidad que tenemos de ellos. Bajo este respecto, el que tiene mas, da voluntariamente al que tiene menos ó que no tiene nada; el que no tiene nada ó

tiene poco material, pero que es rico en talento, da su parte en inteligencia; el que es pobre de materia y de talento, puede aun llevar mejor parte á la comunidad, llevándole una virtud sólida. De esta suerte, hay comunión del patrimonio con la pobreza, de la gran capacidad con la pequeña capacidad, de la fuerza con la debilidad, de todos los inconvenientes compensados por todas las ventajas, y de aqui resulta una partición, una fraternidad, una familia artificial que, libres á la par que equitativas, presentan á nuestra imaginación y á nuestro sentimiento de justicia el ideal de la perfección.

Hay entre vosotros, Señores, algunos que han visitado alguna comunidad de la Trapa: yo les pregunto, ¿qué no han experimentado al ver esta reunión de hombres tan diversos por su origen, su edad, su historia, sus recuerdos; este llevando en el rostro la cicatriz de los combates; aquel una frente iluminada con el esplendor del pensamiento; este otro el surco indeleble de un amor vencido; aquel manos laboriosas acostumbradas á los trabajos duros, y que encontrando el arado cerca del altar, no sospecha que se le podría llamar un arado triunfal con mucho mas derecho que al del cónsul romano: todas estas vidas, en fin, tan prodigiosamente desiguales de nacimiento y de carreras, y que se hallan allí fundidas en la divina igualdad de un mismo destino hasta la muerte? Este espectáculo ha conmovido el corazón de todos los que le han visto; nadie, por incrédulo que fuese, ha rehusado á esta obra de la diestra de Dios un cuarto de hora de fe y de admiración. Y en efecto, ¿cómo resistir á ella, y qué mas equidad quereis? ¿Qué mas puede el hombre que respira el egoísmo del mundo, y que ha hallado, hasta en la familia, entre los intereses mas santos, la concentración en sí mismo y la exclusión de otro? ¿Qué mas que haber encontrado

hombres superiores á la personalidad, dando todo su ser por un poco de pan que se les da cada dia, y haciéndose entre sus hermanos amorosamente los mas pequeños y los últimos, aunque fuesen principes en la region del talento ó del nacimiento? Que se diga de lejos lo que se quiera contra semejante instituto, nadie irá á llamar á su puerta para verlo de cerca, sin volver mas descontento de sí, y sin haber aprendido en el hombre y en Dios algo que le dé que pensar mas de una vez.

Además de la repartición equitativa de los bienes, el instituto cenobítico acrece en mucho su valor y medida. ¡Cosa singular! ¡descienden los trapenses á una tierra que apenas mantiene á dos ó tres familias; y viven en ella ciento, y viven con esahogo! Este sudor de la adhesión, mezclado con la tierra, la fecundiza y le hace dar frutos que jamás concede á otro cultivo. Parece que Dios, que trabaja siempre con el hombre, apoya su mano con mas fuerza en la mano que reparte, y que la tierra misma, haciéndose sensible á la fraternidad, se muestra zelosa en esta ocasión de unirse á Dios y al hombre por una virtud mas grande. Fácil es probarlo. Visitad uno de esos monasterios que ahora os nombraba, estudiad todo su sistema económico; consultad la naturaleza de la tierra, interrogad á las mieses, contad el número de los habitantes, y os sorprenderéis de que la tierra, tan avara en otras partes, se muestre allí tan pródiga, y algunas veces á pesar de los pantanos, los arenales y las rocas. Veréis con vuestros ojos al pobre correr á la casa de la oración, y recoger en ella cada dia la parte destinada por la fraternidad de dentro á la fraternidad de fuera. Porque no se encierra el cenobita en su pobreza como en un beneficio personal; derrama el tesoro de su pobreza sobre la pobreza extraña, y obtiene del patrimonio comun una fecun-

didad que sacia al huésped tan bien como al hijo de la casa.

Al mismo tiempo que se acrecientan los bienes por un trabajo más profundo y una bendición más cuidada, se disminuyen los deseos y las necesidades en una proporción fabulosa. ¿Lo creeríais? Hay religiosos que viven con dos ó trescientos francos por cabeza, otros con cuatrocientos ó quinientos francos, y no creo engañarme afirmando que el número más alto, en las circunstancias menos favorables, se eleva á ochocientos francos. ¿Qué hombre de letras, Señores, es decir, qué hombre que haya estudiado un poco de griego y de latin, querría y podría vivir con ochocientos francos anuales? ¿Hallaríais uno solo? ¿No parecería tal suerte el colmo de la humillacion y de la miseria á todo hombre que sepa manejar una pluma ó un lápiz? No obstante, millares de cenobitas, que son hombres de letras, y aun algunos literatos de nota, se contentan con menos, y dan gracias á la Providencia por que les ha dado con añadidura el pan cotidiano. Ven á desgraciados más pobres que ellos, y los socorren; admiran el lugar que se les ha dado al sol de este mundo, y se pasman de la eleccion privilegiada que ha caido en ellos. ¿No sería, Señores, un beneficio social digno de consideracion una leva anual de algunos millares de hombres de letras que quisieran aceptar ochocientos francos en cambio de su mérito, y sacar de la lucha, con sus necesidades exteriores, la hidra más insaciable aun de su orgullo y de su ambicion?

El conde de Maistre ha dicho hablando de Robespierre: « Si este hombre se hubiera vestido con un sayal en lugar de vestirse con una toga, tal vez algun profundo filósofo hubiera dicho al encontrarle: ¡ Buen Dios! ¿ para qué sirve este hombre? » Despues se ha visto los beneficios que hubiera reportado al mundo su retiro.

Unid con el pensamiento, Señores, por una parte el acrecimiento del valor territorial producido por la vida cenobítica, y por otra parte la disminucion de necesidades y de deseos que ella produce, y tendréis seguramente por resultado un fenómeno económico al que no puede compararse ninguno otro. Aun no es esto todo: porque la familia artificial, quitando á la familia natural una parte de los hijos que ella está encargada de mantener y de lanzar al mundo, aligera considerablemente su peso. En los países en que está en vigor la vida cenobítica, hay pocas casas que no tengan representantes en el monasterio. Una vocacion paga la dote de una hija y la carrera de un hijo. No solamente no tiene que dar nada la familia, sino que, en el dia de la sucesion, la parte de los muertos voluntarios vuelve en todo ó en parte á los vivos privilegiados. Estas ventajas económicas son tan sensibles, que hasta se ha acusado á los padres de emplear ardides y violencias para inclinar á sus hijos á retirarse del mundo. Esta acusacion puede ser justificable en casos particulares, á pesar de la vigilancia de la Iglesia; no lo es para quien conoce la resistencia que hacen la mayor parte de las familias, aun las cristianas, aun las piadosas, para consagrar con su consentimiento votos que turban sus afectos.

No insisto más en una cuestion económica. Gracias á Dios, está hoy juzgada. Está admitido que la asociacion es el gran medio económico que hay en el mundo, y que si no asociáis á los hombres en el trabajo, los ahorros, los auxilios y la reparticion, inevitablemente el mayor número de ellos será víctima de una minoria inteligente y más provista de medios de buen éxito. No me comprometo á elogiar todos los planes de asociacion que se agolpan en el dia, todas las tentativas de comunidad que piden agua y fuego; elogio solamente la intencion, porque es un home-

naje á las verdaderas necesidades de la humanidad. No lo olvideis, Señores, mientras estemos aislados no debemos esperar mas que la corrupcion, la servidumbre y la miseria: la corrupcion, porque no tenemos que responder de nosotros mismos mas que á nosotros mismos, y porque no somos dirigidos por un cuerpo que nos inspire respeto á él y á nosotros; la servidumbre, porque cuando estamos solos, somos impotentes para defendernos contra cualquier cosa que sea; en fin la miseria, porque el mayor número de los hombres nace en condiciones muy poco favorables para defender hasta el fin su existencia contra todos los enemigos interiores y exteriores, si no está asistido por la comunidad de los recursos contra la comunidad de los males. La asociacion voluntaria, en que cada uno entra y sale libremente, bajo condiciones determinadas por la experiencia, es el único remedio eficaz para estas tres llagas de la humanidad, la miseria, la servidumbre y la corrupcion. La Iglesia lo ha proclamado en alta voz desde el dia siguiente al de Pentecostés; ella ha fundado entre sus primeros discípulos la comunidad voluntaria de bienes y de vida; ella ha herido de muerte á la hipocresia, que intentaba ya corromper sus leyes; y despues, en el curso de las edades, no ha cesado de llevar sus fieles á la asociacion bajo todas las formas y por todos los objetos. Su máxima constante ha sido unir para santificar y proteger, como la maxima constante del mundo es dividir para reinar.

Con todos estos títulos, la comunidad voluntaria de bienes y de vida es evidentemente una institucion filantrópica, es decir, amiga de los hombres; pero no está terminada la historia de sus beneficios, y debemos considerarla mas extensamente.

Hay en el mundo cinco servicios gratuitos y populares, sin los cuales el pueblo, ó, si quereis una

expresion mas evangélica, sin los cuales el pobre es necesariamente miserable; y estos cinco servicios gratuitos y populares han sido creados por las órdenes religiosas, que son las únicas que se hallan en estado de ejercerlos.

El primero de todos es el servicio gratuito y popular del dolor. Vosotros me diréis: ¿Qué es el servicio gratuito y popular del dolor? Fácil es enseñároslo, Señores: cualquiera que sea la razon, no la investigaré en este momento, una suma de dolor pesa sobre el género humano. Hace seis mil años que asi como cae del cielo una cierta cantidad de lluvia por año, cae tambien del corazon del hombre una cierta cantidad de lágrimas. El hombre lo ha ensayado todo para librarse de esta ley. Ha pasado por muchos estados diferentes, desde la extrema barbarie hasta la civilizacion extrema; ha vivido bajo cetros de toda forma y de todo peso, pero siempre y en todas partes ha llorado; si leemos su historia atentamente, veremos que el dolor es su primera y última palabra. Algunas veces muda su forma, que es lo mas que puede hacer; pero no cambia su naturaleza ni su cantidad. El mismo Jesucristo, el que ha hecho la mayor revolucion en el dolor, Jesucristo no lo ha disminuido mucho materialmente, sino que ha tomado parte en él y lo ha transfigurado sin destruirlo. Haced, pues, lo que querais, pensad en lo que os plazca, sed ricos, poderosos, hábiles, inmortales, dichosos en fin; sed todo esto, yo consiento en ello, pero sabed que desde vuestra cuna á vuestro sepulcro os moveis en un vasto sistema de dolor, donde, aunque fueseis favorecidos, el dolor es señor, y descarga sobre otros los golpes que se desdeña descargar sobre vosotros. Donde quiera y por cualquier razon que se haya escrito esto, escrito está, y al parecer por una mano á quien importa su obra. ¡Oh vosotros, pues, oh vosotros dichosos

de la tierra, víctimas que no sois vistas del verdugo, permitid que haya en el mundo un servicio gratuito y popular del dolor, es decir, de los hombres que quieren recibir de él mas de lo que les corresponde segun su cuenta natural para disminuir la parte que debia tocarles á los otros, para disminuirla, si quisiera hablar católicamente, por el principio de la solidaridad. Si, el principio de la solidaridad! Yo os haré ver un dia que todo hombre que sufre voluntariamente en el mundo, quita con su sufrimiento una parte de dolor á otro; que todo hombre que ayuna, da pan á otro que se lo come; que todo hombre que llora á los piés de Jesucristo, quita del pecho de una criatura á quien no conoce, pero que le será revelada en Dios, cierta cantidad de amargura, y esto por el principio de la solidaridad, que hace que cuando hay un poco mas de dolor en un alma, haya un poco menos en otra, así como cuando llueve mucho en una comarca, llueve menos en la region vecina, pues el orden moral se halla arreglado, como el orden fisico, por el mismo poder, la misma sabiduría, la misma justicia, la misma distribucion.

Pero tal vez no me entendeis: la solidaridad es un misterio que os extraña ó que os es desconocido: en buen hora. Guardaré, pues, silencio sobre esto tanto mas cuanto que no necesito explicarlo ahora; porque si no puedo invocar ante vosotros el principio de la disminucion de las penas por la solidaridad, puedo al menos hablaros sin temor de la disminucion que tiene lugar por causa de la simpatia. Es cierto que viendo sufrir á los demás voluntariamente, miramos el dolor con vista mas firme y menos indignada. Es cierto que un pobre que va á buscar su pan á la puerta de un monasterio, y que es servido por un hombre revestido como él de toscos sayales, andando con los piés desnudos, tiene una revelacion de la

pobreza que la cambia á sus ojos, y lleva á su corazon un bálsamo que no le dará ningun otro espectáculo.

Permitid, pues, este primer servicio gratuito y popular, dejad á algunos imbéciles sacrificarse por vosotros, si sois desgraciados, sacrificarse tambien por vosotros, si sois felices; porque mañana no lo seréis, y aunque lo fuerais siempre, necesitais que el pueblo, ese gran penitente, os perdone vuestra felicidad. Dejad á los fanáticos que le consuelen en su miseria; dejadles marchar con los piés desnudos, para que vea el pueblo que se puede caminar con los piés descalzos, como decian nuestros antepasados, sin perder la dignidad y la alegria, y que su mirada escudriñadora, interrogando alternativamente lo interior y lo exterior, vea la paz de Dios surgir en la frente del mendicante.

El segundo servicio gratuito y popular de que necesita el pobre es el servicio gratuito y popular de la verdad. Vosotros teneis la verdad en vuestros libros y en vuestras academias, en el talento de vuestros profesores dotados y decorados, pero ¡y las clases inferiores! ¿Quién llevará la verdad á estas clases? ¿Quién la hará descender hasta el pueblo, hijo de Dios como vosotros, y á quien sus ocios no permiten verla sino como ve al sol, cuando le da en el rostro por la mañana (1)? ¿Quién distribuirá la luz de la inteligencia á las pobres almas de los campos, tan dispuestas á encorvarse hácia la tierra como su cuerpo, y las tenderá en pié ante la faz augusta de lo verdadero, de lo bello, de lo santo, de lo que arrebató al hombre y le da valor para vivir? ¿Quién irá á encontrar á mi hermano el pueblo, por amor á él, con un desinterés que se sienta, por el solo placer de tratar con él de la verdad, y de habiar simplemente de Dios entre el

(1) Creemos que aqui aluda el autor á la costumbre que hay en Francia de predicar al rayar el dia. (N. del T.)

sudor del día y el de la mañana siguiente? ¿Quién le llevará, no ya un libro muerto, sino lo que no tiene precio, una fe viva, un alma en una palabra, Dios sensible en el acento de una frase, la fe, el alma y Dios diciéndole juntos: « Mirame aquí, á mí, hombre como tú; yo he estudiado, he leído, he meditado para tí, que no podías hacerlo, y yo te traigo la ciencia. No busques lejos la demostracion; tú la ves en mi vida; el amor te da su palabra que él es la verdad! »

¿Quién podrá, quién osará hablar así al pueblo, sino el apóstol del pueblo, el capuchino con su cordon y sus piés descalzos? La Iglesia habia preparado en su fecundidad bocas de oro para el pobre lo mismo que para los reyes, habia enseñado á sus enviados la elocuencia de la cabaña como la de los palacios. Hoy está muda la cátedra apostólica para el pobre pueblo; en el fondo de nuestros campos hay millares de criaturas francesas que no han oido una sola vez, hace cuarenta años, los ecos de la verdad. Ellas tienen su cura, diréis: sí, convengo en ello, ellas tienen un digno representante de la religion, un pastor fiel, el dulce espectáculo de una virtud sencilla y cotidiana, esto es mucho. Pero la palabra no iguala la autoridad en el pastor; el tiempo solo la heriria de muerte, quitándole el encanto de la novedad. Si vosotros, habitantes de las ciudades, necesitais acentos que no hayais oido jamás, tambien los necesita el hombre de los campos. El pobre necesita como vosotros el atractivo de la palabra: tiene entrañas que conmover, lugares del corazon donde duerme la verdad, y donde debe sorprenderla la elocuencia y despertarla en sobresalto. Dejadle oír á Demóstenes, y el Demóstenes del pueblo es el capuchino.

Al servicio gratuito y popular de la verdad se une otro servicio de la misma naturaleza, el servicio popular y gratuito de la educacion. El hijo del pobre es

sagrado como el hijo del rico. Su naturaleza es tan rebelde, su suerte mas dura, sus medios de cultura y de civilidad mucho menos multiplicados. Bien pronto el trabajo del cuerpo lo arrancará á los ejercicios de la inteligencia, y si no ha recibido los gérmenes preciosos del bien con una autoridad que haya penetrado su corazon, no tardará en perder el espíritu de hombre cristiano y civilizado para vivir en una degradacion que no disfrazará nada. Todos los vicios se apoderarán de su sér con una indiferencia horrible para las cosas del alma, y la sociedad no tendrá ya en el pueblo, que debe ser la fuente permanente de su renovacion y de su vigor, mas que un fondo podrido por el materialismo mas abyecto. El preceptor del pueblo, un maestro digno de él, es pues una de las mayores necesidades del órden social. Pero ¿quién será este preceptor? ¿Quién podrá reunir á un tiempo en tan gran cargo instruccion suficiente, costumbres puras, fe sincera, autoridad respetada, y en fin una vida bastante modesta para que pueda el pobre mantenerle en cambio de las lecciones que recibe? La Iglesia ha provisto á esto por medio de las órdenes docentes, como ha provisto al servicio gratuito y popular de la verdad por las órdenes apostólicas, y al servicio gratuito y popular del dolor por las órdenes penitentes. El Hermano de las Escuelas Cristianas y de todos los demás institutos semejantes da al pobre una educacion que no le cuesta nada ó casi nada, y que es digna de un hijo de la patria como de un hijo de Dios.

Aquí, Señores, mi palabra es ya mas fácil. La Francia ha aceptado auténticamente la adhesion de los Hermanos y de las Hermanas dedicados á la enseñanza del pueblo; una popularidad, que es la justa recompensa de sus trabajos, los protege en toda la extension del país tanto como el imperio de las leyes. Mi pala-